

LA MISTERIOSA AVENTURA DE LOS ARQUEÓLOGOS EN ITALIA

¿Alguna vez has pasado miedo haciendo una cosa que te gusta? No estoy hablando de la atracción "Túnel del Terror" ni nada parecido.

Hace unos cuantos años, me fui con un grupo de compañeros a investigar ruinas romanas a una ciudad de Italia llamada Siracusa. Después de varios días de excavación sin encontrar nada interesante, estaba yo pensando en por qué no me había dedicado a otra cosa y de pronto mi compañera Marta se sentó en una roca y ésta se hundió! En el lugar donde se había hundido la roca, había un agujero cuyo final no se veía, parecía infinito. Todos nos miramos sorprendidos, después de días entre polvo y piedras, se abrió la tierra, ¿sería algo interesante?

Interesante o no, debatimos sobre qué hacer, Alicia no quería entrar de ninguna manera, prefería llamar a la Policía, sin embargo, Carlos quería entrar a toda costa, decidimos votar, resultado: 2 votos a favor de entrar y 2 votos en contra, y yo, que me abstuve. Soy un poco miedosa y además, el ruido que salía de dentro me paralizaba, era como un gran estruendo lejano, pero la curiosidad en saber qué era me hacía dudar. Finalmente lo echamos a cara o cruz, cara equivalía a entrar y salió cara.

El primero en bajar fue Carlos, que con mucho cuidado apoyaba sus pies y manos sobre la rocosa pared. Por fin llegó al final del agujero y me dijo que ya podía bajar. Cuando ya estábamos todos abajo, encendimos las linternas y empezamos la búsqueda. Por el camino vimos estalactitas y estalagmitas increíbles. Seguimos andando y el ruido siniestro cada vez era más fuerte. Todos estábamos atemorizados menos Carlos, que iba el primero y muy seguro de sí mismo. Marta vio un largo pasillo dentro de la cueva y dijo – ¡vamos por aquí! – ¡Sí, buena idea! dije yo.

Carlos no miraba dónde pisaba y... ¡Se cayó al agua! Había un manantial en cuya agua transparente se reflejaba cual espejo la inmensidad de la cueva. Desde sus aguas, Carlos pudo ver algo brillante y buceó para verlo de cerca. Al poco tiempo salió y dijo que había una especie de cofre rodeado de musgo y más cosas que no pudo distinguir, la luz era escasa. Todos nos tiramos al agua. Cogimos aire y buceamos hasta el extraño cofre e intentamos sacarlo. Entre todos tampoco podíamos con él. Pesaba muchísimo y estaba cubierto de tierra, pequeñas rocas y plantas que se enredaban unas con otras alrededor del cofre. Gracias a que llevábamos el material con nosotros, con una pala y un pico pudimos cortar las plantas y apartar las rocas de encima. Estábamos retirando las rocas y las plantas, cuando descubrimos que debajo había estrellas de mar, salimos a respirar y dije yo: no puede ser... ¡si las estrellas son de agua salada! Todos estábamos buscando una explicación para eso, pero nada. No encontrábamos ninguna. ¿Por qué no investigamos en otro momento? -Lo que importa ahora es desenterrar el cofre, dijo Carlos. -Carlos tiene razón, ya lo investigaremos más tarde, dije yo. -Pues manos a la obra, dijo Marta. Buceamos otra vez e intentamos meter las palas por debajo de las estrellas para despegarlas. Era imposible. De repente Alicia propuso que podíamos cavar alrededor del cofre y, así, conseguir desenterrarlo. Así fue como conseguimos subirlo a la superficie. Con mucho cuidado lo abrimos y... ¡Había un montón de monedas y de oro, de plata y de bronce!

Lo que habíamos encontrado era un auténtico tesoro, quién sabe cuántos años llevaba allí...